

■

LASTARRIA, EL HOMBRE SOLO, por *Sady Zañartu*.—Ediciones Ercilla, 1938.

Las actividades literarias de Sady Zañartu han sido preferentemente de índole imaginativa. Novelas, cuentos y relatos a través de edades pretéritas o tierras exóticas, constituían su acervo literario. Ha buceado en la historia nacional con alma de artista, libre de ese afán de extraer el mero dato rigurosamente exacto que constituye preocupación única de los eruditos, para quienes la historia es, más que una vibración vital del pasado, la exhumación de infolios y documentos. Es virtud del artista animar lo inerte insuflándole calor humano. Así se explica que Zañartu, que no presume ni de erudito ni de ensayista, haya escrito la vida de José Victorino Lastarria, que nada tuvo de novelesca, con tal animación que el libro se lee como si se tratara de una obra recreativa. Esta vibración que Zañartu le comunica al espíritu de Lastarria, sapiente y rectilíneo hace que su biografiado cobre frente a nosotros nueva vida y le sigamos en su trayectoria con interés y simpatía, sintiendo su presencia física y espiritual: sólida la cabeza cubierta de abundosa cabellera como resabio romántico, cuidadas las guías de su tupido bigote, firme y penetrante su mirada; implacable en sus juicios, acordando sus actos a sus ideas; sin un desmayo, sin una claudicación en su vida pública; amable, cordial, en la intimidad; inconformista, descontentadizo, sintiéndose incomprendido, siempre. Retrato al natural el de Zañartu, sin retoques que lo engrandezca o lo disminuya.

Hacíase indispensable una biografía de Lastarria en que se pusiese de relieve su espíritu íntegro, la firmeza de su carácter y su orientación doctrinaria, enfocado en el clima social y político en que actuó. Vivía aún el país a mediados del siglo pasado, en la época de Lastarria, el sopor sombrío de la Colonia,

que Portales, con alma de encomendero, había restablecido brutalmente. Como antítesis de Portales, realista, objetivo, de soluciones simples y de cultura mínima, aparece Lastarria, de amplia cultura intelectual e imbuído de los principios liberales hijos de la Revolución francesa. Mientras el nombre de Lastarria ha permanecido hasta la fecha voluntariamente desterrado, el de Portales se ha exaltado con fervor mesiánico. Es que Portales resulta un precursor para los políticos de cultura incipiente que desean soluciones simplistas mediante la presión y la fuerza. En cambio Lastarria, escritor, maestro, literato, orador, jurisconsulto, creyente en la democracia, es un revolucionario... hoy y más ayer, cuando hablar de liberalismo—en el justo sentido de la palabra—era como un grito de rebelión.

El solo ejemplo de la integridad moral de Lastarria, justifica el que su nombre se haga resaltar enérgicamente. ¡Qué grande aparece cuando prefiere la pobreza y el exilio antes que ceder claudicando! Zañartu ha sabido exaltar el carácter de su biografiado, no mediante palabras inflamadas de doctrinarios ni reiteradas declaraciones de fe liberal, sino de los propios hechos tomados en particular de su correspondencia privada, donde está precisamente el alma desnuda de los hombres.

El ambiente en que actuó Lastarria—recuérdese que es él el animador del movimiento literario del año 1842, punto de partida de la literatura chilena— aparece vívidamente evocado por Zañartu. Costumbres, acontecimientos privados y públicos resurgen del pasado con colorido típico y palpitación humana. Bilbao, su discípulo, impulsivo y mesiánico, le vemos con su pálido rostro de adolescente orlado de revuelta barba; Santiago Arcos, don Andrés Bello y sus hijos Carlos y Francisco, Vicuña Mackenna, Errázuriz, los Matta, Santa María, Pinto, los desterrados argentinos Sarmiento, Mitre, Alberdi, etc., la Sociedad de la Igualdad, las tertulias del Alto del Puerto; todo ello aparece como tocado de una varillita misteriosa que

tiene la virtud, a través de la pluma de Zañartu, de animarse vitalmente como en un amplio fresco realista. Aporte de la intuición del artista a hombres y hechos que parecían sepultados definitivamente por la acción inexorable del tiempo. Gracia del estilo; transfiguración de la arcilla que al plasmarla su artífice le comunica su propio ritmo.

Y en medio de los hombres y de los acontecimientos, yérguese solo Lastarria, en la cátedra, en el Parlamento, en los Ministerios, en misiones diplomáticas, en el destierro, en el desierto buscando el dinero que los políticos le regateaban, siempre solo, porque su carácter estaba tallado en duro e incorruptible granito y porque su cultura era superior a la época. Tal la tragedia de Lastarria que surge invisible del relato de su vida.

Si algún reparo mereciere esta obra éste sería el que Zañartu no pone de relieve con la debida caracterización la doctrina política de Lastarria; su filosofía, la esencia de sus principios, en qué consistieron, cuáles fueron sus normas ideológicas a las que ajustó sus actos, en dónde residía su superioridad intelectual con respecto a sus contemporáneos, etc. Trabajo fundamental que es indispensable para que junto al conocimiento del hombre, tengamos el de sus doctrinas expresadas en forma precisa y sistemática.

Porque es menester que se sepa que Lastarria fué un escritor medular y que tanto por sus ideas como por su estilo es de aquéllos que permanecen actuales y que no sólo Chile, sino la América puede exhibir como uno de los más puros valores de la inteligencia.

Acaso Zañartu no deseó aventurarse en la esquematización de los principios de Lastarria, ni hacer la disección de sus obras fundamentales, porque ello daría materia para un libro y al atender al suyo le restaría el sentido humano que quiso darle. Este trabajo pertenece, más que a un artista, a un ensayista, y Zañartu no querría invadir campos que le son ajenos.

El estilo llano, ameno, de tono menor, discretamente familiar, irrumpe elocuente en las páginas finales, cuando Zañartu precisa la trascendencia y significado de Lastarria; entonces acuña frases dignas de grabarse en el pedestal del monumento que algún día ha de levantarse a Lastarria:

«Lastarria nos dejó la herencia de todo el idealismo enternecedor del siglo XIX. Se adelantó a la época de nuestro crecimiento como nación al exaltar los beneficios de la democracia liberal. Fué el primer chileno que conquistó el nombre de maestro en todo el significado altísimo de la palabra, y lo afirmó en un gesto indomable destinado a irradiar en la dulce severidad de sus teorías morales».



CAMPANARIO DE HUMANIDAD, por don *Samuel A. Lillo*.—Editorial del Pacífico, 1938.

Desde lejos, como el caminante que se ha adelantado en la jornada, don Samuel A. Lillo nos envía su mensaje de humanidad. Su ritmo es de la época; su voz, del pasado; pero ritmo y voz tienen una misma vibración cordial: el canto esperanzado para las almas dolientes y aplastadas por seculares injusticias.

Augusta voz del pasado que cantó en versos briosos y sonoros épicos hechos de la historia, la suya, y alma generosa que animó a escritores desde la simpática tribuna del Ateneo de Santiago. Don Samuel A. Lillo vivirá en las páginas de la historia de la literatura chilena no sólo por sus versos de robusta entonación, sino también por ser el animador de varias generaciones, a quienes estimuló y ayudó. Hoy le vemos espiritualmente rejuvenecido participar de las reuniones de literatos, identificándose con ellos en sus mismas inquietudes.

Al vibrar con las inquietudes actuales, no hace más que dar expresión al ritmo de su corazón, porque mucho antes de